

ALBERTO GARRANDÉS  
Las nubes en el agua

*bokeh* ✱

© Alberto Garrandés, 2015

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2015

© Bokeh, 2015

Leiden, NEDERLAND  
[www.bokehpess.com](http://www.bokehpess.com)

ISBN: 978-94-91515-27-9

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

I.

## GRIS DE BORRASCA

En la Casa de los Muertos, mientras enjuga una lágrima inverosímil e imagina faisanes dorados, rellenos de castañas bajo vaporosos y distantes crepúsculos, Gata de Angora le ordena con irritación a Flor de Cactus: *¡Tápate eso, cochina!* Extrañas excepciones –gráciles rostros en la niebla, susurros discontinuos– hacen que esa noche no sea cualquier noche. El parque frente a la Casa de los Muertos, donde pervive un ciprés enfermo y la gente se aglomera antes de entrar en las oficinas del Consejo de Europa, se encuentra desierto y continúa barrido, de vez en vez, por el aire que arrastra hojas y flores mustias. Hay otros objetos que se deslizan sobre el pavimento y se traban en las grietas. Materias dispares, llenas de incongruencia y maldad: dientes recién extraídos, algodones húmedos, cabellos atados con cintas de colores, y papel sanitario seco, doblado en dos, con manchas de sangre y acartonamiento de trombocitos. ¡Muslos demasiado suaves, cánceres, orines, escaras, delirios! Los trombocitos brillan como el ámbar milenario. En el inicio mismo de la madrugada, tres niños de nueve o diez años consiguen unos sables y combaten en el parque con pertinaz elegancia. No falta nitidez en el resuello de los metales. Pero ahora, por los iluminados corredores de la Casa de los Muertos, dos tipos metidos en sobretodos blancos transportan un carro de lata donde brillan tazas de loza y el chocolate se deja oler.

Un sujeto que representaba al Consejo de Iglesias del Levante había llegado el día anterior con una carga de cruces de madera labrada –obsequios venidos de la impar Constantinopla– y las había distribuido dentro y fuera de las salas. Cada una de las cruces mostraba un bonito neón anaranjado que contribuía a acentuar el fervor. Los sarcófagos resplandecen ahora bajo la iluminación del Altísimo, y en los pasillos un aura nueva atempera la tristeza.

Gata de Angora había mandado sellar el ataúd de su marido. El maquillista, un *connoisseur* proveniente del Teatro Imperial, no había podido disimular del todo el feo agujero en la frente de Roberto, practicado *en vivo* con un taladro eléctrico y una broca de media pulgada, mientras tres esbirros lo inmovilizaban, con cuerdas elásticas, en una silla de soberano estilo. Un cuarto esbirro, disfrazado de payaso, afincaba la broca –que, al ir perforando el hueso frontal, soltaba un humillo encantador–, y un quinto y último filmaba la totalidad del proceso, al tiempo que el payaso cantaba un aria de Purcell.

En su casa, encima de una mesa habitualmente llena de revistas, y dentro de una inopinada bolsa de nylon para evidencias criminales, había visto Gata de Angora el taladro homicida. La sorpresa de llegar y encontrarse con todo revuelto no le impedía recordar perfectamente que en la empuñadura del taladro fulguraba un diminuto sello plástico con una marca desconocida y casi ilegible: RED SNAKE.

Pero regresemos a Flor de Cactus, que es una chica atrevida. A pesar de las circunstancias, se mete en un baño para quitarse la tanga negra –calada con meticulosidad– y regresa a la sala donde Gata de Angora rumia su pena. Se acomoda frente a ella, encarando las piernas y separando las rodillas. El borde del vestido está en alto y empieza a resbalar a causa del peso de una cenefa de satín de la que penden cuentas de vidrio. Con las caras muy alegres los tipos del chocolate invaden el recinto. Y es entonces cuando Gata de Angora le susurra *¡Tápate eso, cochina!* a Flor de Cactus,

en el estilo de una cobra real, mientras intenta borrar un sollozo en el que nadie hubiera creído jamás. Al oír semejante mandato y ver el balsámico trasiego de las chicas, uno de los chocolateros queda clavado en el piso de mármol gris, con la boca abierta, sin reparar en el horroroso encanto de un hilo de sangre que se escurre, inoportuno, por una de las patas traseras del catafalco.

Los hombres retroceden, no sin antes depositar dos tazas llenas encima del ataúd de Roberto. A Flor de Cactus aquello le causa una risa nerviosa que no sabe cómo controlar, y Gata de Angora, que es un ser humano lo suficientemente normal, cede con naturalidad al contagio de aquella risa. Para cortarla –porque no era de buen gusto que se carcajeara de ese modo en el velorio de su marido– se levanta del sillón, ase las tazas y le ofrece una a Flor de Cactus, que encarna, todo el tiempo, un pequeño desastre, pero cuya vulva ditirámbica, con oscuros mechones entrelazados y algunas ronchas debidas a un estío particularmente cruel, se comporta como una maravilla salida de algún secreto palacio del Reino de Cathay.

Gata de Angora hunde los labios bermejos en el chocolate –espesado con maicena y especiado con pimienta negra y nuez moscada, de acuerdo con una antigua receta precolombina– y le dice a la otra: *Ponte en situación, amor, que ahorita empiezan a llegar los demás*. Al hacerle ese encargo, mueve el dedo índice de la mano izquierda y apunta a la falda aún en alto, a punto de enroscarse sobre las rodillas y caer al fin, desfachatadamente, sobre el anverso de los muslos. Imagina que así ha de ocurrir y se sorprende, sin embargo, de que en efecto la falda resbale con insolencia como el telón del Teatro de la Ópera.

Ahora Flor de Cactus lo muestra todo. La medusa bivalva empieza a abrirse y Gata de Angora siente que el chocolate se le sube a la garganta. *Por favor, amorcito* –ruega vigilando la entrada de la sala–, *no hagas eso, ¿quieres?* Flor de Cactus bebe un sorbo y mastica una ínfima raspadura de pimienta. No le importa con-

ducirse así en la Casa de los Muertos. *Es el calor, dice. No hace calor, amorcito* –masculla Gata de Angora–. *Lo que pasa es que eres una cochina.* Hay un instante a partir del cual las cosas se ponen peores. Cuando Flor de Cactus acaba su chocolate, se libera de la taza –ahora en el piso– y, con las dos manos, se abre aún más la *chatte*, para decirlo parisinamente. *Qué calor, mi madre, qué calor,* murmura.

Los hombres de blanco y el carro de metal vuelven a irrumpir en la sala de Roberto, y Gata de Angora se lleva una mano al pecho. *Qué susto, dice.* Las ruedas del artefacto son de buena calidad, están bien aceitadas y el piso ha sido bruñido con aserrín y petróleo. No hay modo de oír cuando alguien se acerca sigilosamente. Flor de Cactus tiene los ojos cerrados y no se da cuenta de nada. Uno de los chocolateros, el astuto, ya está listo para intervenir en la odorífera cuestión de las chicas y contempla, conmovido, la medusa parpadeante de Flor de Cactus antes de que el espectáculo termine. Es un *amateur* de los clítoris grandes. El otro, un memo, recoge las tazas con lentitud. Blande una mirada de perfecto alejamiento.

El chocolatero sagaz se para delante de Flor de Cactus, se abre el blanco sobretodo y pone al descubierto un traje de poliéster gris sobre el que reluce una corbata amarilla de lazo. Termina de quitarse el sobretodo, se lo tiende a su acompañante y le dice a la chica: *Soy el agente Legumbre, pero no vaya a equivocarse con mi apellido... no es un apodo.* Flor de Cactus sonríe ampliamente. *Ve que entiende* –asiente el poli–. *Por eso le haré algunas preguntas.* Gata de Angora tensa la cara. *Mejor pregúnteme a mí, soy la viuda de ese hombre* –señala hacia el ataúd–. *Y, como quien dice, todo este asunto se encuentra en mis manos.* El agente Legumbre se acerca a su acólito y le sopla una orden al oído. Cuando éste se marcha a cumplirla, enfrente de nuevo el semblante serio de Gata de Angora, que ya ha detectado, en la pechera del traje, una

curiosa mancha de grasa en forma de cabeza de conejo. *No voy a detenerme, porque no me incumben, en las cochinas que ya se han visto aquí, delante del muerto... Sólo necesito saber si usted va por fin a presentar su denuncia. Es obvio que a su marido lo mataron, y nos cuesta mucho creer que de su parte no haya habido ninguna reclamación*, sermonea. Flor de Cactus empieza a abanicarse con el borde del vestido. La cenefa y las cuentas de vidrio producen un sonido raro. *Deje de hacer eso, ni siquiera hay calor*, le prescribe el agente con una lástima impropia, como si estuviera dialogando con una enferma mental. *Muy bueno el chocolate, señor Legumbre –opina Gata de Angora–. En cuanto a la denuncia, quiero que sepa que no moveré un dedo. En definitiva mi marido está muerto y ahora no soy más que una mujer demasiado joven que forma parte del patético ejército de las viudas.*

Estas palabras resuenan musculosas. El aliento de Gata de Angora huele a placidez y dulzor. Legumbre va a contestar, pero es interrumpido por la presencia de su acólito. *Al fin los conseguí, jefe –muy contento le muestra al detective dos filosos sables de acero cromado–. Tuve que quitárselos a la fuerza y por poco me decapitan, pero aquí estoy... Y la verdad es que no sé qué pensar, parecen sables auténticos.* El agente mira a Gata de Angora y después prueba la eficacia de uno de los sables en su antebrazo. Sobre el filo quedan unos pelillos aniñados y rubios y se estremece, vehemente. *Armas peligrosísimas –exclama–. Y lo peor no es eso... Me pregunto de dónde las habrán sacado esos jovencitos.* Flor de Cactus torna a levantarse la falda, aventándose con indolencia. Legumbre adivina el rasurado de la chica y, como un rayo de sol, el filo del sable le fulgura hiriente en los ojos. Aprieta la empuñadura con ambas manos y siente una especie de complacencia que se desprende de la seguridad que el sable le brinda. Es una empuñadura muy cómoda, con la textura y el grosor exactos, como el pene que maneja una pajillera experta.

Gata de Angora frunce el ceño. *Tápate eso ya, ¡cochina!*, le dice a Flor de Cactus, que la mira como si al final entendiera. Se levanta de su sillón, movida por una extraña señal, y se acerca al agente Legumbre tras comprobar que Flor de Cactus se ha tranquilizado. *Déjeme ver una cosa, por favor*, le pide. El olor irreproducible de la *chatte* sigue en el aire. *¿Qué cosa?*, pregunta el hombre, reculando un poco ante aquel aliento de doncella exacerbada. *Abí, en la empuñadura*, indica ella entrecerrando los ojos. Legumbre agarra con cuidado la hoja, deja libre la empuñadura. Gata de Angora se lleva una mano a la boca. *Qué pasa*, oye decir. *La etiqueta... Mire la etiqueta*, indica ella. El agente examina la pegatina de plástico que cubre la zona inferior de la empuñadura. *Red Snake*, lee sin inmutarse. *Red Snake... ¿no sabe lo que es Red Snake?*, grita la viuda. *Serpiente roja*, tercia el acólito. Dios ampara al inocente. *O una referencia a una red... la Red Serpiente*, concluye, triunfal, Legumbre. *Qué infelices* –susurra Gata de Angora con desprecio–. *Red Snake es también la marca del taladro con que mataron a Roberto*.

Sin poder desprenderse todavía de la sorpresa, el agente Legumbre se retira, avergonzado por la imprevisión. No se ha atrevido a despedirse de Gata de Angora. Se siente cogido en falta y necesita sosiego y algunos ocios menores para meditar. En ese instante ni siquiera puede detenerse en la posibilidad de interrogar a los niños. ¿Cómo podría, si los protocolos son interminables? Baja las escaleras de la Casa de los Muertos, usa el teléfono público y, a punto de amanecer, luego de decirle adiós al acólito, entra en la cafetería de los bajos y desayuna unas frituras de maíz tierno con una taza de cereal saborizado. Al dueño, un marroquí que había hecho en Burdeos un doctorado en nutrición, le parece que es él mismo quien debe atender al agente. Y así lo hace. Como Legumbre no sale de su silencio y el marroquí lo conoce bastante bien, intenta sonsacarlo con un señorial café expreso *Tánger 1958*. Inventa rece-

tas al vuelo y se siente atraído por el mundo del delito, con cuyas noticias alimenta un morbo muy oscuro.

–Los chiquitos esos del parque por poco se matan a espadas... Cualquier día ocurre una desgracia –se insinúa el doctor en nutrición.

–Buen café –dice el agente sin mirarlo–. ¿Dónde lo consigues? El marroquí queda pensativo.

–Suministros especiales –comenta reservado–. Todo legal.

–No he dicho nada... ¿Especiales como qué?

El marroquí se separa de la barra:

–A ver, Legumbre... Tú no estarás interrogándome, ¿verdad?

–¿Interrogándote? ¿Me ves cara de estar interrogándote? No. No estoy interrogándote. Estoy conversando contigo, a pesar de los líos que tengo en la cabeza. Intento ser cortés. Sólo eso.

–Bueno... ¿Te ha gustado mi café? –sonríe un poco el nutritivo doctor.

–Perdona, hombre, a eso iba... Mira, no es que no me haya gustado, pero yo mismo podría hacerlo en casa... Preparo la cafetera con un polvito de canela y unos granos de anís, la pongo al fuego, espero a que cuele y después le agrego una gota de vainilla, tres gotas de brandy y un poco de cacao sin leche... ¿Se me olvida algo?

El marroquí lo observa burlón:

–Sí –recoge la taza y mira el reloj de pared–. El azúcar.

Resoluto, el sol ya alumbra la calle cuando el agente Legumbre emprende la marcha hacia su casa. No bien llega a la esquina, siente el bronco ronroneo del helicóptero de la Central. Mira hacia arriba y distingue claramente la cabeza pelona del teniente Trufado bajo una señal de aviso en la que parpadea su número personal de registro. Entonces retrocede hacia el parquecito y espera, con cara de fastidio, a que el aparato descienda y se pose.

En el parque no hay nadie.

Aunque, en rigor, no está *vacío*.

Se trata, en todo caso, de un vacío *corrompido*.

El banco más alejado, que es el más próximo a la entrada principal de la Casa de los Muertos, lo ocupa una niña de unos doce o trece años. Junto a ella hay una pequeña jaula metálica dentro de la cual duerme un puma bebé. De vez en vez se agita un poco y la niña sonrío. Le parece gracioso que el puma bebé tenga pesadillas y que nadie pueda saber jamás en qué consisten.

—¡Buenos días! —le grita a Legumbre.

El agente cierra los ojos. «Dioses Benignos, ampárenme», pide en silencio. Evita, obsesivo, el contacto con desconocidos. Sin embargo, mueve una mano en dirección a la niña y asiente. De acuerdo con su experiencia, mediante la urbanidad se evitan algunas catástrofes.

El ruido del helicóptero es cada vez mayor, pero algo extraño sucede: ya a unos siete metros del suelo el piloto deja de descender y apaga la señal enviada al agente. La niña se ha puesto de pie y vuelve a sonreír.

Él empieza a sentirse raro y agita los brazos con el fin de indicarle a Trufado que se lo lleve de allí. Pero el helicóptero va encumbrándose despacio, y entonces Legumbre, convencido del origen infernal de los malentendidos, deja caer el cuerpo encima de un banco, baja la cabeza, la sostiene entre las manos —con los ojos clavados en el pavimento— y permite que el sol le haga un poco de daño. Cuando esto termina de suceder, ya la niña está a su lado, moviendo la jaula reluciente mientras el puma bebé retoza entre gruñidos.

—Tiene hambre —observa la niña—. Siempre despierta así, con hambre.

Legumbre alza los ojos y se fija en la niña.

—¿Qué quieres —le pregunta. A Legumbre le gusta leer historias, no que se las hagan. De hecho es un buen lector.

—¿Yo? Nada... Procuro vender este ejemplar. ¿A usted no le gustaría tener uno así en su casa?

–No me gustan esos animales.

–Pero es una buena mascota –advierde la niña–. Sirve para muchas cosas.

A Legumbre aquel diálogo le parece excesivo. Y, además, no deja de pensar en **Red Snake**.

–¿No deberías estar en la escuela?

–Hoy no tengo clases –responde la niña antes de poner la jaula en el suelo–. Creo que voy a entrar ahí, a ver si logro vender a Espartaco.

–Así que se llama Espartaco –sonríe el agente–. Oye, ¿dices que vas a entrar ahí? Eso es una funeraria, por si no lo sabes.

La niña se pone las manos en la cintura.

–Claro que lo sé. Pero como las personas tristes suele comprar animalitos...

–¡Vaya! Aun así, cuando crezca... –objeta el agente.

–Para entonces ya Espartaco sería un animal muy manso.

–Hmm, no lo dudo –cavila Legumbre, lleno de fastidio–. Pero todo puede suceder. De pronto se acuerda de que es una fiera y ¡zas!, el zarpazo, o la mordida.

La niña sonríe otro poco y coge la jaula por la argolla que sirve de agarradera. El agente entrecierra los ojos:

–Así que hoy no tienes clases.

–Hoy no.

–¿Y cómo te llamas?

–Valaria.

–Bonito nombre... ¿De dónde eres? No pareces de por aquí...

–Pues ya ve, adivinó usted... Estudio en La Habana, pero mis padres viven en Isla del Rey, en San Miguel.

Ojos de almendra, de color verdoso, y carita redonda, un tanto exhausta. Tez crepuscular, sombreada por genes precortesianos, y un cabello como de fibra óptica teñida con tinta china: duro, brillante y, sin embargo, acomodaticio.

—Eres panameña —asegura Legumbre, orgulloso de sus conocimientos de geografía.

—Eso es.

Se levanta y le da la mano a la niña. Hace una presentación ejemplar, muy formal, con la mirada incrustada en la puerta de la funeraria, por si las moscas.

—Soy el agente Legumbre. Detective de primera clase.

Valaria aprieta la mano tendida y se sienta en el banco, alisándose el vestido y observando el rostro del hombre. Este mira al puma bebé, que se ha quedado dormido otra vez, y regresa a su asiento, junto a su rara interlocutora. Por el momento no va a marcharse y no sabe exactamente por qué.

—¿Qué me aconseja? ¿Entro ahí o no? —pregunta la niña.

—No estaría mal. Si quieres te acompaño, por si acaso.

—No se preocupe, ya es de día. Si no me pasó nada durante la noche y la madrugada, ahora menos... Soy una niña grande —le explica Valaria.

—Bueno, se ve que eres niña y que eres grande —duda el agente—. Pero como quieras... Yo voy a estar un rato por aquí.

Valaria sube la escalera de la funeraria y empuja el cristal de la puerta. Avanza resuelta por el vestíbulo, contoneándose, y se adentra en uno de los corredores. Al final, solitario, el carro de hojalata exhibe un reguero fulgurante de tazas sucias de chocolate.

Flor de Cactus, calurosa y aburrida, otea los rincones y acaba por apostarse en el vano de la puerta de la salita donde Gata de Angora vela a su marido. Ve venir a Valaria y le hace un ademán de *acércate, déjame ver qué traes*. La niña se avecina a la fresca oscilación de Flor de Cactus y esta le suelta una sonrisa:

—Hola, buenos días.

—Buenos, si lo quisiera Dios —aduce Valaria.

—¿Buscas a alguien?

–No, no busco a nadie –dice y levanta la jaula hasta ponerla bajo la luz que escapa del cubículo–. ¿Te interesaría?

Flor de Cactus se acerca y mira al animal dormido.

–¿Qué es? ¿Un leoncito?

–Un puma.

–Y lo vendes.

–22 euros. Barato.

–Ven –coge a Valaria por la mano que le queda libre y entran en la habitación.

–Mira qué lindo –le dice a Gata de Angora sin referirse a la niña. Esta ha retrocedido hasta quedar recortada en el umbral.

–Precioso –afirma Gata de Angora bastante sorprendida–. ¿Ella lo vende?

–Ella misma –apunta con los ojos a Valaria–. Y barato: 22 euros.

–¿Estás loca? ¿De dónde sacas que puedo tener 22 euros?

Flor de Cactus se encoge de hombros, sin entender.

–¿No tienes ese dinero?

La otra se hunde aún más en el sillón y hace un hosco silencio.

–Lo siento –se disculpa Flor de Cactus, acercándose otra vez a la niña–. En otra ocasión.

–Seguro –concede Valaria antes de darle la espalda.

Camina unos pasos en dirección a la puerta de entrada, pero Flor de Cactus aún quiere preguntarle algo:

–¿No vendes otras cosas?

Se vuelve con incertidumbre:

–Hoy me cayó esto... No sé a qué te refieres...

–Fosforeras antiguas, por ejemplo... O cadenas de plata para los tobillos... Déjame ver... ¿Tangas? ¡Tangas, eso! Yo necesito tangas, tipo hilo dental –señala la otra con un pestañeo falto de gracia.

–Hace días tuve hilos dentales. ¿Los usas de una pieza o de dos?

Flor de Cactus aprieta los labios y mete una mano en el bolsillo de su vestido.

–Como este, por ejemplo.

La panameña pone la jaula en el piso y examina el hilo dental que le muestra la chica.

–De una pieza y calado –resume–. No es del tipo que yo uso.

–¿Cuál usas tú? –le pregunta Flor de Cactus.

–De dos piezas, sin calar, pero con la parte delantera más estrecha... Marca *Verve*.

–*Verve* –duda Flor de Cactus–. No la conozco. ¡Y más estrecha! ¿Dijiste *Verve*? *Verve*... *Verve*...

–Te la muestro, para que veas cómo es –decide Valaria y echa una ojeada en torno suyo. Como el salón de espera está aún completamente vacío, alza su vestidito medio conventual hasta la cintura y se sienta en la butaca más próxima.

–¿Ves cómo luce? –dice al separar los muslos.

–Se nota que es muy cómoda –murmura Flor de Cactus.

–Y tiene mucha elasticidad.

Al decir esto, la niña mete dos dedos muy principales por debajo de la pieza delantera y la descorre hacia un lado, apartando de su sexo lampiño la tela lustrosa. Ella es también, como Flor de Cactus, una *shaved-pussy girl*.

–Qué maravilla –escucha.

–¿Te gusta? –le pregunta Valaria.

–Te lo dije –se encoge de hombros, hipnotizada–. Una maravilla.

–Quieres orinar, no puedes aguantarte, estás en la calle y ¡ran! te metes detrás de una columna y ¡zip!, lo corres un poquito y ya –le explica a la otra, que está como doblada sobre sí misma, examinando la tanga de la niña.

–Y no te aprieta, ¿verdad?

–¿Apretarme? ¡Qué va! Es una tela muy noble. Toca para que la sientas...

Flor de Cactus acaricia la textura sedosa, de color malva claro, y hala la tela un poco hacia arriba. Siente el sudor cálido de la vulva

medio abierta y la respiración se le corta. Como Valaria no dice nada, se atreve a apoyar los dedos justo en la abertura, presionando ligeramente hasta conseguir que uno de los labios se pliegue del todo.

—¿Te convences de que es una marca muy buena? —le pregunta Valaria inesperadamente.

—Es muy probable que sea la más indicada con estos calores —responde Flor de Cactus con un resto de voz, mientras retira los dedos.

—Por supuesto que sudas, pero no sientes ninguna molestia... Creo que incluso el anverso de la tela es distinto del reverso. El reverso es como más suave... Por lo menos yo lo percibo así.

—Déjame comprobarlo —suplica Flor de Cactus, que ya entonces está de rodillas frente al sexo de la niña de Panamá.

Vuelve a introducir los dos dedos bajo la tela, vuelve a descorrerla, vuelve a apoyarse en la herida bermeja de la vulva. Captura, entre los dos nudillos, la vaina del clítoris, que está bien delimitada, y la aprieta firme aunque delicadamente, pero con astucia. El clítoris emerge, brillante, y torna a esconderse, negado a permanecer visible por más de unos segundos. Flor de Cactus comprime la vaina otra vez y el clítoris de la niña relumbra, por un instante, en la soledad de la Casa de los Muertos, antes de regresar a su guarida. Y así, entre apariciones y desapariciones, transcurren unos minutos...

El puma bebé despierta dando gruñidos como de aviso, y Valaria suelta un último jadeo antes de darse cuenta, con Flor de Cactus, de que un grupo de personas avanza hacia ellas. Se separan de inmediato y fingen buscar algo en el suelo.

—¡Se cayó por aquí! —grita Valaria.

—¡Ahí está! —aparenta Flor de Cactus.

—Buenos días —dice, azorado, uno de los familiares del muerto. Se trata de un hombrecillo arrugado, pero de aspecto vivaz.

—Buenos días —sonríe Flor de Cactus, incorporándose.

—¿Es aquí? —pregunta el hombrecillo.

—Pase —le indica la chica—. Ella está adentro.

Gata de Angora no se ha percatado de nada. En silencio, detrás del hombrecillo, van entrando en el cubículo los demás familiares y amigos.

—Tengo que irme ya —le dice Valaria a Flor de Cactus.

—Y yo... Se supone que debo estar ahí, acompañando a esa gente... Como una estúpida...

—Te doy mi número de teléfono. Llámame por las noches, mientras dan *Suerte que tienen algunos...* No estarás viendo esa caquita, ¿verdad? Todos la ven... Mis padres la ven y se quedan bobos mirando el programa. Esa es la mejor hora para que me llames y platiquemos de algo rico.

Valaria le da el número de teléfono, que es falso, como comprobaría después Flor de Cactus. Recoge la jaula donde ya Espartaco se agita, y camina resuelta hacia la entrada de la funeraria. Cuando termina de bajar las escaleras, distingue enseguida la figura de Legumbre bajo el sol. El detective muerde vehemente una bola de helado de color indefinido, montada encima de un barquillo carameloso.

Se acerca a él.

—Demoraste —advierte Legumbre sin dejar de saborear el helado.

—¿De qué sabor es? —pregunta Valaria.

—*Irish cream*.

—Se ve rico. ¿Me dejas probarlo?

A él la petición le parece un exceso de confianza casi monstruoso. Tiene treinta y cinco años y nunca, en verdad, ha estado en un trance así. Pero le tiende el barquillo a la niña. Ella, en lugar de morder la masa achaparrada del helado, le pasa la lengua por el borde inferior para evitar que gotee.

—Sabe a bebida. Wau, qué asco... —hace una mueca y le devuelve el helado al agente.

—Sabe a bebida porque tiene bebida. *Irish cream*. Whisky, chocolate y otros ingredientes. Lo siento.

–La bebida me hace vomitar –se queja la niña–. Será el alcohol.

–Si quieres, vomita. Pero hazlo en otro sitio, por favor.

Lo mira extrañada:

–¿Usted no sabe distinguir entre una cosa dicha en serio y una broma disfrazada de exageración?

A Legumbre le resulta extraña esa especie de sagacidad. Termina de comerse el helado, incluido el barquillo carameloso, que para él es lo mejor del conjunto.

–Finges tan bien que pensé que ibas a vomitar de verdad.

–Bueno, señor Legumbre, en todo caso sería un vómito casi inexistente... Apenas desayuné. Tan sólo una taza de café. ¿Usted nunca ha vomitado café?

El agente se levanta, mareado por la conversación.

–Tengo que irme a casa ahora, Valaria. Mira –le extiende una tarjeta–, ahí están mi dirección y mi número de teléfono. Me caíste bien. Si llegaras a tener algún problema, búscame.

–Pero es temprano –protesta Valaria.

–Que tengas suerte con Espartaco. Adiós.

Y se marcha rápidamente.

La panameñita queda sola. Por un instante se pregunta si sería o no mala idea regresar a la Casa de los Muertos para continuar su diálogo con la chica de la tanga en el bolsillo y, de paso, intentar vender a Espartaco definitivamente. Sin embargo, decide caminar por el malecón, rumbo a la Habana Vieja, convencida de que la jaula irá a parar a otras manos antes de que el sol vuelva a ocultarse. Como hace calor y se siente húmeda y como rebañada, se despoja sin disimulo de su *Verve* malva claro.

El aire del mar acaricia el cuerpo de Valaria. Los gruñidos de Espartaco se acallan en presencia del rumoreo de las olas. El malecón rebosa de chicas, perros, hombres impíos, pescadores y muchachotes deseosos de gastar energías. El olor de los peces muertos excita a la niña. Al sentir ese olor, Espartaco abre los ojos, desconcertado, y mira a su dueña en busca de una explicación.

De pronto, casi sin percatarse de lo que sucede, Valaria se ve en medio de un tumulto de mujercitas cargadas de cosméticos que van siendo empujadas, por una docena de policías, hacia el interior de una furgoneta blanca y larga. Es un vehículo nuevo, cuajado de invenciones, con ventanillas redondas y una antena en forma de pájaro.

–¡Putas del demonio! –oye gritar–. ¡Entren ya, vamos!

Poco antes de sentir la presión de los policías en su espalda y subir, tropezando, por la estrecha escalera hacia el interior de la furgoneta, Valaria repara en el hecho de que, en efecto, están confundíendola con una prostituta, y que, en realidad, el vehículo no es otra cosa que un avión recortado y adaptado para moverse en tierra. Se acomoda en uno de los asientos, luego de poner a salvo la jaula, y recuerda la tarjeta de Legumbre. Una negra de ojos amarillos se sienta a su lado y mira a Espartaco con auténtica curiosidad.

–¿Y cómo se usa el bicho ese? –le pregunta en voz baja.

–Estoy vendiéndolo. Si te interesa...

–¿Pero sirve? Es decir, ¿ganas más con él? –insiste la negra.

Valaria sonríe despectiva:

–Mucho más.

–No te creo –dice la negra.

Y en voz baja Valaria le da una enrevesada explicación, tras la cual a la negra se le abrillantan los ojos.

–Increíble. Una nunca termina de aprender –balbucea.

–Así es –ratifica la niña, muy divertida–. Espartaco es un genio. No me imagino qué podría hacer cuando sea un adulto.

–¡Uy, muchacha! –exclama la otra antes de soltar una risotada–. De pensarlo nada más...

–Son animales muy bien dotados. Entre 20 y 25 centímetros. Sin contar con el grosor.

–¡Madre de todos los dioses! Dime el precio, dale...

–50 euros.

–Hmm... Muy alto para mí, queridita. Bájalo...

–35... O sea, 30. No lo bajo más.

La negra tuerce la boca:

–Sólo tengo 15.

–Lo siento –se excusa Valaria–. 15 es demasiado poco.

–Pero si es un cachorrito nada más...

–Lo siento –vuelve a decir Valaria.

La furgoneta se estremece, cargada como va, y avanza por la avenida con lentitud. La Central queda cerca, pero hay que andar despacio. Las putas no pueden recibir ni un golpecito. Los protocolos para tratarlas son muy complejos.

Al reparar en la jaula, un policía se acerca.

–Dame eso –dice apuntando con un dedo enorme, obsceno.

Entonces Valaria abre una mano sudada y blande la tarjeta de Legumbre:

–No sé cómo van a subsanar el error que acaban de cometer conmigo, pero deberían llamar a esta persona.

El policía coge la tarjeta y lee.

–¿Conoces al agente Legumbre?

–Soy su amiga –responde la niña.

–¿Amiga dices?

El policía camina hacia la escalerilla, saluda con marcialidad a otro que es obviamente su superior, y le muestra la tarjeta. Ambos se enfrascan en un breve diálogo susurrado.

A su regreso, ya trae otra cara:

–El jefe quiere saber tu edad –le informa a Valaria.

–17 –miente la niña.

–¡Dice que 17! –grita el policía volviéndose hacia su superior.

Este demora en hacer un ademán enigmático. Mueve con precisión las manos, como quien dibuja un ideograma.

–El jefe quiere saber de qué berreadero escapó una niña del agarro como tú –articula despacio, con una mueca babeada.

Valaria lo mira fijo y encarama las cejas. No entiende.

–En fin... Supongo que ya puedes bajarte –le dice el policía entrecerrando los ojos con hastío. Parece que va a bostezar.

–Suerte que tienen algunos –murmura, envidiosa, la negra de los ojos amarillos.

–Así es la vida –sonríe la niña–. Caquita para unos y esplendor para otros.

Cuando baja de la furgoneta, el policía subalterno escucha a su superior con una suerte de devoción:

–Es una margaritona de las peores, pero hay que dejarla ir –concede–. La máquina cerebral de Legumbre se traba de vez en vez.

Valaria comprende que debe darle de comer a Espartaco. Pero como está muy lejos de su casa y, a juzgar por las señas de la tarjeta, bastante cerca del apartamento de Legumbre, decide caminar hasta dar con él. Cuando por fin lo localiza –se trata de un edificio de aspecto indefinible–, respira con tranquilidad y echa una divertida ojeada a Espartaco.

–Ya llegamos –le dice.

Como si entendiera, el puma bebé mueve la testa y empieza a abrir la boca. Su gesto es lento y dilatado. Abre y abre la boca como manteniendo un absurdo designio de serpiente pitón, y entonces emite un «Ah... Ah...» sediento o enfermizo. El «Ah... Ah...» se congela en un «Aaaaaah...» en forma de trino barroco. Por mucho que sea un *allegro prestissimo* Valaria enseriaría el semblante. No le gusta vender productos defectuosos. Se acerca a la jaula, la abre, mete la mano y le da a Espartaco un golpe seco en la nuca. De inmediato la quijada se le destraba y el «Aaaaaah...» da curso a un gemido casi tierno.

–Eres un chico muy listo –le dice al puma bebé.

Entran al edificio por el parqueo, tras el cual hay un jardín oval custodiado por otros edificios. En el centro brilla una alberca de aguas azules donde juegan niños, mujeres y algunos patos. Los

hombres, muy escasos, beben cerveza en una parrillada vecina. El barman y el celador de turno son los únicos que no se bañan. El celador, un viejo de casi setenta años, permanece tumbado en una poltrona plástica extensible. Al ver a Valaria, se levanta y la invita a entrar en la alberca.

–Puedes llevar a la criatura, si te apetece –comenta.

Ella le da las gracias y le explica:

–Es que él –señala a Espartaco– le tiene miedo al agua.

–Puedo cuidártelo –se ofrece el celador.

–No se preocupe –dice la niña–. Ando en busca del señor Legumbre. ¿Usted lo ha visto? Es un policía muy reservado, un señor de esos que no se ríen, o que no saben reír.

Pero a ella no le hace falta decir nada más porque el agente, que ya ha notado la presencia de Valaria, se acerca a ellos desde la parrillada. Está vestido como un corredor de fondo y bebe cerveza en una jarra de cerámica.

–Muy rápido has venido –susurra.

Valaria se encoge de hombros.

–Necesito hablar con usted. Pero no quisiera interrumpir.

–Nada de eso –niega el agente–. Ven conmigo.

El celador inclina la cabeza, adelanta las manos para recibir la jarra de cerveza, y los ve alejarse hacia los ascensores.

El apartamento de Legumbre exhibe un costoso ornato y Valaria calcula que el salario del anfitrión le permite darse algunos lujos. En la sala tiene dos butacas, dos mecedoras y una gran mesa baja de cristal, con mil y tantas figurillas de difícil identificación. En las paredes –llenas de cuadros de gran formato– no escasean los candelabros antiguos ni las lámparas votivas, que arden, con mechas de aceite, bajo dos iconos pintados sobre madera. En el comedor crecen plantas prolijas, casi impertinentes, y de aspecto coqueto. A Valaria le parece que, en realidad, hay una sobrecarga enrarecedora.

–Me gusta su casa –miente.